

no nos opondrémos á que él exija esa promesa, si llega el caso de poderla exigir, y que trabajaremos con la mayor union para obtener sus efectos, siempre y cuando podamos hacerlo, sin herir, ni quebrantar las reglas establecidas. Por lo ménos, no podemos dejar de decirle, que si el Sacro Colegio llegase á apercibirse de semejante proposicion, infaliblemente nos abandonarían lo votos que forma nuestra exclusiva, y que tanto trabajo nos ha costado reunir y asegurar, y nos daría un papa á pesar nuestro, y un secretario de estado y un datario á gusto de los fanáticos.”

En boca de un príncipe de la Iglesia, quien, el 18 de Abril de 1769, decia hablando de sí mismo: “No soy devoto, pero sí decente, y deseo llenar mi cargo de obispo. He extinguido el fanatismo en mi diócesis y restablecido el decoro exterior de mi clero;” este lenguaje era demasiado inteligible. La palabra *fanáticos* que se lee á cada frase, se aplica á aquellos cardenales que querian la sinceridad de los votos en el Sacro Colegio. Bastaba para ser llamado fanático el no prestarse á las importunidades de la hipocresía, ó á los cálculos de la bajeza. Algunos años ántes D’Alembert habia hecho, conforme con Voltaire, esta acusacion de moda: “Es preciso ser justo, decia en un folleto (1); el fanatismo no tiene hoy dia sino muy pocos afiliados en el estado de envilecimiento en que se encuentra. El triunfo de la razon se aproxima, no sobre el cristianismo á quien respeta, y del cual nada tiene que temer, sino sobre la supersticion y el espíritu de persecucion y de proselitismo, á los que combate con ventaja, y está próxima á echar por tierra.”

Bajo estas palabras, era á la religion católica á la que se declaraba la guerra. Si el cardenal de Bernis, así como todos los demas prelados cortesanos de la época, no se apercibieron de ello, ménos creyeron que cooperaban á ese objeto con el escándalo de sus costumbres, con su insaciable codicia y sus cobardes complacencias. Es preciso convenir en que estos desgraciados estuvieron muy ciegos. El 2 de Mayo, Bernis, contestando al billete diario del embajador de Francia, le cuenta lo que pasaba en el cónclave. “El viejo Alejandro, le dice, me ha renovado sus instancias para una conversacion dentro de algunos dias. Andres Corsini, cuya memoria os mandé ayer, y por el cual escribiré el miércoles, merece la amistad de vuestra excelencia. Todos juntos hicimos ayer nuestra ronda, viéndonos con el decano, el cardenal Lante, Pozzobonelli y Rezzónico. Les hemos anunciado dos cosas. Primera: Que la intencion de nuestras cortes no era la de hacer el papa, sino la de impedir que se hiciese sin contar con nosotros. Segunda: Que estábamos persuadidos de que el Sacro Colegio era demasia-

[1] *Lettre á M... conseiller au parlement de... pour servir de supplément á l'ouvrage qui a pour titre: Sur la destruction des Jesuites en France.*

do ilustrado para pensar en una eleccion repentina y por sorpresa, porque en ese caso estábamos persuadidos á decirle, de antemano, que *seria de temer* que el papa nombrado de esa suerte, no fuese reconocido por los ministros de las cortes; y que para evitar este escándalo, habiamos creído á propósito explicar las intenciones de nuestros señores, y manifestar por nuestra parte que obrariamos de buena fe para concurrir á la eleccion de un papa, *virtuoso, prudente é imparcial*. Todo esto ha sido acompañado de la dulzura conveniente, y creo ha producido su efecto. Pozzobonelli estuvo un poco remiso; sin embargo, contestó, que participaba del sentimiento de las cortes, y que haria cuanto pudiese (sin coartar su libertad) para inclinar á todos los demas á pensar como él. Nos dijo además, *buenamente*, que en todo caso no queria hacerse sospechoso al Sacro Colegio. Cavalchini habló á las mil maravillas; Lante, aun mejor, y Rezzónico nada dejó que desear. Henos aquí preparados para cualquiera sorpresa, y mediante esto, casi seguros de un golpe de mano y de que no se descubra el fondo de nuestras intenciones. He propuesto este medio y ha sido adoptado por los cardenales nacionales.

“Parece que no es tan íntima como se creia la union entre los dos españoles. Solis quiere excluir á la Cerda de nuestras conferencias particulares. Yo haré lo que pueda para arreglar todo esto. Ya sabeis que esta ha sido mi principal ocupacion desde que entré en el cónclave y que en su buen éxito consiste toda nuestra fuerza.

“Resta el negocio delicado de *la exigencia de la promesa*, sobre el cual no me es posible cambiar de dictámen. Como la cosa no es urgente, los señores cardenales españoles verán por sus propios ojos, de una parte, la imposibilidad moral de poner en ejecucion este medio, y de otra, el peligro que correríamos sin utilidad alguna, y con un escándalo que daria que hablar á la Europa entera. En todo caso, los cardenales españoles serán dueños de manejar á su placer este asunto. Por lo que hace á mí, no tomaré en él parte ni directa ni indirectamente, y seria necesario un volúmen (aun suponiendo el medio lícito) para explicaros que es poco aplicable á la par que muy peligroso; pero estoy seguro de que con media hora que os pudiera hablar, seriais del mismo parecer. Creo no dudareis que nada seria mas ventajoso para mí que el encontrar terminada la cuestion de los Jesuitas por la eleccion de un papa; cuestion que es para mí como una aguda espina, que desearia arrancar del pié. Pero realmente (aparte toda regla) ese medio es impracticable.”

Al traves de este estilo tan poco episcopal, se ve que el cardenal de Bernis no se opone, segun confiesa con tanta ingenuidad, á que *los españoles manejen á su placer el asunto*. Su conciencia, para que-

dar completamente descansada en su futura embajada de Roma, desearia que la eleccion del papa fuese el último golpe que se diese á la Compañía de Jesus. La cuestion se zanjaria y la espina no mortificaría mas su pié; pero era preciso atraer la mayoría hasta ese punto, y la mayoría permanecia insensible. Los escrúpulos de Bernis sobre el capítulo de la simonía están bien expresados; sin embargo, como tiene que plegarlos á sus intereses, estos escrúpulos se desvanecerán en el momento decisivo. Los cardenales afectos á la casa de Borbon y que se hacian, por cortesania, por conviccion ó por frivolidad, enemigos de la Compañía de Jesus, no se encontraban aun tan avanzados; pero bajo la mano de hierro que les sujetaba y les impulsaba á inmolar sus derechos, conocian de vez en cuando lo vergonzoso y falso de su posicion. Coléricos unas veces, aterrados otras, casi estaban dispuestos á ser finalmente equitativos, cuando Bernis el 3 de Mayo dió parte al duque de Choiseul de tan singular estado de cosas, quejándose del ostracismo, que las numerosas exclusivas iban á hacer pesar sobre el cónclave.

“La proscripcion, dice en su despacho, es demasiado fuerte; nosotros ejercemos aquí un ministerio de rigor, que de nada nos salvará, porque los candidatos son todos, poco mas ó ménos, igualmente medianos. Por largo tiempo se nos echará en cara nuestra tiranía, que no dulcifican ni los beneficios ni las esperanzas; y al fin tendremos que aceptar á algun secreto partidario de los Jesuitas, ó á algun hombre débil, á quien los amigos de la Sociedad, que dominan en el Sacro Colegio, infundirán miedo. Creo de mi deber hablar al rey y á su consejo con esta claridad: á pesar de todas nuestras condescendencias y de la dulzura de nuestras palabras, nunca dejaremos de atraernos la odiosidad, atentando de una manera tan positiva y tan general á la independecia y libertad del Sacro Colegio. Debemos tambien manifestar, que la indiferencia que muestran los demas príncipes, en cuanto á la eleccion de un papa, prueba que no se les daria mucho porque saliese uno á disgusto nuestro para aprovecharse, como ya lo hacen, de las disensiones de las cortes de la casa de Francia con la de Roma. Esta razon que no es sino muy verdadera, no consigue mas que amortiguar, por decirlo así, los espíritus apegados á las ideas de libertad y de soberanía. Sé muy bien, señor duque, que no es la Francia la mas rigurosa exigente de las tres cortes, pero es de temer que este rigor produzca la desesperacion en vez de producir la complacencia y conciliacion; así como tambien, que á fuerza de proscripciones, lleguemos á perder los votos que forman nuestra exclusiva.

“En todo caso, ya queda sólidamente establecido nuestro concierto con los cardenales españoles, aunque no sea tan completo y dulce como el que tenemos con el cardenal Orsini. El cardenal de Solis vive solitario y nada hace sino por medio del secretario que

le ha dado la corte de España, por la direccion de M. Azpuru. El cardenal de la Cerda, á pesar de su magnífica figura, ha agradado por su exterior noble y sobre todo, por sus regalos.”

“Se va á proponer al cardenal Colonna, persona aplicada y piadosa, pero demasiado jóven y amiga por lo claro de los Jesuitas. Nosotros le harémos caer guardando todas las consideraciones posibles. Spínola, que tiene talento, pero temido de la España, será tambien propuesto. Paranciani y de Rossi lo será igualmente. Se hará un esfuerzo respecto á Chigi, y mayor aun para con el cardenal Pozzobonelli, arzobispo de Milan y encargado de las instrucciones de la corte de Viena. Ya hace mucho tiempo que supliqué á M. D' Aubeterre, y me sirvió eficazmente, que hiciese porque la corte de Viena encontrase justa nuestra oposicion á que saliese electo este sugeto, débil por naturaleza, amigo oculto de los Jesuitas y que nunca podia convenir á las dos coronas á causa de su adhesion á la bula *In cæna Domini*, que ha defendido con valor á pesar de las órdenes de la corte de Viena. La emperatriz es piadosa, y su alma, dirigida desde hace tanto tiempo por los Jesuitas, se resistirá á consentir en su destruccion. Es muy delicado atacar de frente á un sugeto tan apreciado como Pozzobonelli, por sus costumbres y sus virtudes eclesiásticas.”

Todos los cardenales, á quienes los príncipes de la casa de Borbon comprendian en la exclusion de este cónclave son, en opinion de los embajadores y de Bernis, personas piadosas y llenas de espíritu sacerdotal. Despues de los cardenales Chigi, Fantuzzi, Spínola y de Rossi, hasta Colonna y Pozzobonelli, todos son dignos sacerdotes; pero unos muestran á las claras su afecto hácia la Compañía de Jesus, y los otros creen que pensar en destruirla es un suicidio. Se descartan sin piedad esos corazones leales á quienes se teme, y las coronas no se fijan sino en caracteres maleables y virtudes problemáticas. La posicion en que quieren colocar á la Iglesia es ésta: Entronizar en la silla romana un papa cuya vida no sea, para con los monarcas, una acusacion continua. Los cardenales religiosos son excluidos como amigos de los Jesuitas, y se quiere despertar á toda costa una ambicion que consienta en sacrificarlos.

El 2 de Mayo, D'Aubeterre hizo el último esfuerzo con Bernis, pues estos dos personages iban á cual mas podia deshonrarse uno á otro, y con mayor escándalo. El embajador envió á decir al cardenal: “Ya es verosímil que va á darse principio al ataque. Seria muy terrible que al principio de la batalla nos abandonasen nuestras tropas. Hay algunos de cuya fidelidad confio hasta no mas. Me lisonjeo que éstos y la vigilancia de vuestra eminencia contendrán á los demas, caso de desercion. Ha sido muy bien hecho el poner á Pozzobonelli en evidencia: esto al ménos es un obs-

táculo mas. Pero no impedirá á los otros proponerle y llevarle adelante. Está en el interes de sus ideas obrar así. En cuanto á la declaracion de que nosotros saldriamos de Roma si él saliese nombrado, creo que estariamos en ese caso, atendido á que le creo como uno de los sugetos mas peligrosos. Pero nada podré decir aun de positivo sobre este particular, hasta conferenciar con M. Azpuru, sin el cual nada puedo hacer. Daré una respuesta positiva lo mas pronto que se pueda. He oido decir que el cardenal Solis pensaba efectivamente no solo en que era permitido, sino en que se creia obligado á exigir una promesa por parte del que saliese electo de suprimir los Jesuitas; que ésta era la intencion de su magestad católica y el único medio de poderse asegurar. Sobre esta medida, ya sabeis que abundo en los mismos sentimientos, pero en el círculo de la posibilidad. Si el cardenal de Solis persiste en esta opinion y se obstina en no acceder á ninguna eleccion, si no precede la promesa, estoy seguro de que esta conducta nos va á causar embarazo. En cuanto á mí, no tengo orden positiva para este caso. El fondo y el espíritu de mis instrucciones me prescriben la alianza con la España y la destruccion de los Jesuitas, sin especificarme medio alguno en particular. Con arreglo á esta instruccion, es muy cierto que no me separaré de la España, y que si M. Azpuru sale de Roma, le seguiré en el momento.”

Bernis queria triunfar á toda costa. Los dos cardenales franceses se habian opuesto, en lo que su debilidad les permitia, á un pacto que rechazaba el honor, y solo á fuerza de cansancio le aceptaron por fin. Los cardenales de Solis y de la Cerda no tenian que obrar, sino á nombre de Cárlos III de España, buscando un sugeto que se atreviese á transigir con ellos. El 1.º de Mayo ya estaban en las celdas del Vaticano, y desde ese dia, la intriga, que no cesó en su rotacion sobre sí misma, toma una consistencia mas determinada y precisa. El 4, Bernis escribe á D'Aubeterre:

“Hemos examinado á fondo el *negocio de la promesa*, y hemos deliberado: primero, que creemos necesaria la destruccion de la Compañía de Jesus: segundo, que tanto nosotros como vuestra excelencia, no tenemos orden particular para este caso: tercero, que suplicamos al rey para que no nos la diese, porque no podríamos ejecutarla pasando por las leyes de la Iglesia: cuarto, que nosotros no pretendemos estorbar el modo de pensar de ninguna persona, y mucho ménos de nuestros cohermanos tan dignos de consideracion bajo todos conceptos, y que así, despues de haber pesado los inconvenientes de toda especie que dejo demostrados, si los señores cardenales españoles persisten en emplear ese medio, nosotros ni nos opondremos á él, ni mucho ménos tomaremos la menor participacion.”

El 5 de Mayo, un nuevo billete del cardenal manifiesta al emba-

jador la situación de los espíritus: “El cardenal Cavalchini, asediado por el cardenal Vicario y por los Lanze, ha tenido la debilidad de permitir que se propusiesen los sugetos del antiguo Colegio sin alternativa con el nuevo. Nos hemos opuesto á esta novedad, y en lo general no ha sido mal recibida en el Sacro Colegio. Hemos exigido la alternativa, y el cardenal Rezzonico, que me ha hablado con la viveza de un jóven profeso de la Compañía, se ha determinado al fin á hacer lo mismo. A mas de eso, hemos exigido que Cavalchini fuese propuesto ántes que Lante, á ménos que él no lo rehusase. Hemos convenido en una respuesta acorde, que yo he redactado, y que se ha traducido en español para evitar que se descubran los sentimientos de las cortes y estar prevenidos. Tan solamente cuando se propongan los sugetos que deseamos, les advertiremos por bajo de cuerda que no hagan caso de la generalidad de nuestra respuesta, cuya sustancia es esta: *Para no herir á persona alguna y para no descubrir sin necesidad las intenciones de nuestras respectivas cortes, aguardaremos para explicarnos, el saber por medio del escrutinio la opinion del Sacro Colegio, respecto á los sugetos propuestos, ántes de declarar si nosotros uniremos á aquel nuestros votos y sufragios.* En cuanto á esto, serán inútiles cuantas observaciones se nos hagan. Tratarémos á todo el mundo igualmente. Nuestros amigos no se enfriarán viendo que á nadie excluimos, y conservaremos nuestras armas para el momento en que se nos quisiese forzar. Os confieso que ya veo dichosamente salvado el punto mas delicado de nuestra conducta. Una parte de nuestros amigos están ya contentísimos con esta respuesta. Por lo demas, es necesaria hoy dia una paciéncia de ángel para aguantar lo largo y pesado de nuestras juntas, donde hay que repetir cien veces una misma cosa para hacerla entender. Jamas cónclave alguno, sino éste, se ha encontrado en la posicion en que debe estar; y si el Espíritu Santo no toma aquí parte, ó nuestros enemigos no se cansan, creo que hasta el fin del mundo no se acaba.”

Estas espirituales impiedades que Voltaire hubiera subrayado con placer y que partian de un cónclave, en el que los amigos del cardenal de Bernis se esforzaban por establecer lo que el abate Gioberti llama un pontificado moderno y civil; estas espirituales impiedades, repito, nacidas de la pluma de un cardenal, nos dan una nueva luz sobre los preliminares de la eleccion de Ganganelli. Sigamos al cardenal de Bernis en esta misma carta. Continúa en estos términos:

“Hasta el presente, los proyectos de nuestros adversarios no están bien combinados, aunque no por eso dejan de infundir miedo por de pronto á nuestros camaradas. Os doy gracias por la anécdota de Alejandro Albani, y de su dicho sobre el ministro de Portugal. Toda mi vida seré vuestro fiel y respetuosa servidor. Al

fin, como la recta razon es vuestra única teología, debeis persistir en vuestra idea. Afortunadamente para vos, vuestras ideas están de acuerdo con vuestro estado. Las reglas sobre la simonía son por lo tanto muy sabias por los enormes abusos que resultarían de su infraccion.”

Ya vemos aquí un hombre adversario político de la Compañía de Jesus, tan tolerante, que su doctrina sobre el *dejar hacer*, va á tocar casi á los últimos límites de lo absurdo en materia de fe. Al siguiente dia, 6 de Mayo, Bernis escribe aun:

“Se me ha dicho que el partido de Pozzobonelli se aumenta; es preciso tomar una decision sobre esto. Nosotros no podemos sin orden expresa darle la exclusiva. Lo que le vale es, que sabe bien que nosotros no queremos dársela. Al ménos, ya veis que le hacemos desempeñar como pudiéramos hacerlo por nosotros mismos las funciones de un ministro de la corte de Viena concertando con las tres coronas. Es una máxima, el que no se debe elegir un papa diplomático, y no dejaremos de recordársela.”

D’ Aubeterre y Azpuru tenían necesidad de intimidar al Sacro Colegio, y fingen estar decididos á retirarse de Roma, si el cónclave no se somete á sus órdenes. D’ Aubeterre logra al fin de Bernis que obre en su sistema de terror, y el 7 de Mayo escribe al cardenal lo siguiente: “Es preciso que vuestra eminencia hable alto. El medio mas seguro, para que no haya cisma, es hablar mucho y con firmeza. Que se conozca vuestra cólera, cuando llegue el caso. Es preciso atemorizarlos.”

Esta coaccion moral, que se ve á cada palabra de la voluminosa correspondencia que tenemos á la vista, no deja la menor duda á la historia. Hasta hoy cabia alguna incertidumbre; al presente los hechos son irrecusables. Los ministros de España, Francia y Nápoles conspiraron contra la libertad de la Iglesia. Por medios que la religion y aun el decoro repugnarán siempre, trataron de extraviar al cónclave, y de hacerle injusto, á fin de poder amnistiar la iniquidad de sus corazones. En los países católicos se habia juzgado y proscrito de esa manera á los Jesuitas, y se esperaba que la Santa Sede, ganada de antemano ó intimidada, no pudiese rehusar su sancion á la obra de los Borbones.

Los dias se pasaban en estériles esfuerzos ó en intrigas, de las que muchas no llegaban á las puertas del cónclave. Los embajadores se agitaban por fuera, mientras que el emperador José II y Leopoldo de Toscana, su hermano, se tomaban por dentro una deplorable represalia. Se les habia visto desafiar y humillar, mas por su actividad que por su lenguaje, á esos electores de la Iglesia, que resistieron tantas veces á los deseos y opiniones de los monarcas germánicos. El cónclave sentia la necesidad de poner fin á estas agitaciones, que se revelaban en Roma bajo mil aspectos di-

versos. El marques D' Aubetterre pedía en alta voz un papa que no fuese sino dócil instrumento de la filosofía; y se hablaba en la ciudad de sus arrogancias, concertadas con José II y Choiseul; arrogancias que se extendían hasta la intimidación y la venalidad. Bernis había agotado todos los recursos de su política de vanas palabras y lisonjeras seducciones, sin obtener el menor resultado. Se había diezmado el Sacro Colegio con las continuas exclusiones; pero cuando los dos cardenales españoles, que de propósito retardaron su venida á Roma, para encontrar al cónclave fatigado, se presentaron por último, las cosas cambiaron súbitamente de aspecto, y no restaron á Bernis sino las apariencias del poder. Solis le eclipsó con la elasticidad de su conciencia y con su audacia en los medios que puso en juego.

El cardenal de Solis, arzobispo de Sevilla, era el confidente de Carlos III y del conde de Aranda. Amigo de los Jesuitas, hasta el momento en que el rey de España les fué hostil, se le había visto escribir el 19 de Junio de 1759 á Clemente XIII, suplicándole que sostuviese la inocencia de la Compañía de Jesus en la tormenta que padecía (1). Renunciando despues á la firmeza sacerdotal para improvisarse cortesano, y partícipe de un odio cuyo secreto origen todos ignoraban, Solis abandonó á sus antiguos protectores, y se hizo órgano de su señor contra ellos. Este príncipe de la Iglesia no era hombre, como Bernis, capaz de ser reducido por aduaciones estudiadas. Su taciturnidad española, su altanería oculta, que M. d' Ossun, embajador de Luis XV en Madrid, comparaba con la de Catalina de Médicis, no le permitían emplear su tiempo en correspondencias tan fútiles entónces, como instructivas ahora para nosotros. Tenia mision de hacer nombrar un papa que se comprometiese de antemano por escrito á extinguir la Compañía de Jesus. Estaba en su carácter cumplir exactamente esta mision, sin piedad y consideraciones de ninguna especie. Pero llegaba á Roma con la nota de sus hechos pasados, y el 8 de Abril D' Aubetterre previno á Bernis contra él, acusándole de jesuitismo; imputacion que en aquella época era la muerte de un hombre filosófica y diplomáticamente. "Jamás he conocido al cardenal de Solis, decía al embajador; he oido decir que él y su compañero son poca cosa: lo que es Solis, pasa por adicto á los Jesuitas, y el otro por su enemigo. Ignoro completamente quiénes tienen su confianza ni quién entra con aquel."

El plenipotenciario frances no conocía á Solis: el ministro español, en muy pocas é insultantes palabras, va á trazar su retrato; y D. Nicolas de Azara: "Me alegro en el alma, le escribe desde Aranjuez, el 16 de Mayo, de saber que al fin han llegado nuestros

(1) *Dizionario di erudizione* del cavaliere Morodi, t. XXX, p. 143.

dos cardenales. Espero, que dejando á un lado su figura, no serán de los mas invencibles, pues comparándolos con los demas que componen el Sacro Colegio, pueden distinguirse entre muchos de sus hermanos."

Bernis pasaba en España por un afiliado de los Jesuitas, y Solis era censurado en Francia por ser su amigo. Este último probará muy pronto á D' Aubetterre que es digno de asociarse á sus proyectos.

Se hacia notable en el seno del Sacro Colegio un hombre que se mantenía á larga distancia de las intrigas, y que, colocado entre los Zelanti y el partido de las coronas, como en un justo medio pacificador, no dejaba transpirar el menor de sus pensamientos ó de sus esperanzas. Este era el cardenal Ganganelli.

Algunos años ántes de la muerte de Clemente XIII, el gobierno frances pidió á sus agentes diplomáticos en Roma una nota sobre los cardenales que componían el Sacro Colegio. Esta biografía manuscrita, que se encuentra en los archivos de Francia, es, como toda esta clase de obras, un conjunto de mala fe y de pasión. Los cardenales son juzgados en este documento por las voces del pueblo ó de los salones. Una anécdota mas ó ménos apócrifa destruye en pocas líneas las virtudes que los anotadores no se tomaron el trabajo de apreciar y conseguir. La mayor parte de estos príncipes de la Iglesia son acusados de ignorancia, de despotismo, de hipocresía ó de avaricia, porque no quisieron dar oídos á las exigencias de los ministros y embajadores de las cortes de la casa de Borbon. Ganganelli, cuyas opiniones eran aun inciertas, no se veía mejor tratado que los demas, y es muy curioso leer la ninguna ceremonia con que la embajada francesa en Roma, convertida en biógrafo cardenalicio, pinta al pontífice á cuyo cuidado dejará un dia las póstumas venganzas de la marquesa de Pompadour.

He aquí el retrato del futuro Clemente XIV (pág. 22 del manuscrito):

"Cualquiera diría que este fraile franciscano, que ha llegado al cardenalato por su destreza, camina por las huellas de Sixto V. No se trasluce su inclinacion, ni hácia la Francia, ni hácia las demas naciones. Se le encuentra siempre del lado mas conveniente á sus miras, y es Zelanti ó anti-Zelanti segun el viento mas favorable. Su grande estudio es el agradar á todo el mundo, y hacer ver que está del partido del que habla. No se atreve á oponerse á los deseos de los soberanos. Teme á las cortes, y las tiene consideraciones. El papa le tiene mucha estimacion, y obtiene de él cuanto quiere por medio de secretas maniobras. Pero como está mezclado en mil asuntos, sus intrigas han disminuido su crédito con el Sacro Colegio, quien, en el primer cónclave, descubrirá verosí-